

El usuario ha cerrado sesión. Cinco historias de Internet

El último donjuán

ANDRÉS MAURICIO MUÑOZ

Seix Barral, Bogotá, 2017, 304 págs.

A MEDIADOS de 1999, Microsoft lanzaba al mercado Messenger. El ícono de dos fichitas azules, de este programa, tintineaba en la barra inferior del escritorio en modo “en línea”; “ausente”; “no disponible” o “desconectado”. Los usuarios de aquellos días, sin muchas abreviaturas ni emoticones, solían escribir todo lo que tenían por decir; por lo general, largas pastorales escritas con ortografía y, de cuando en vez, accionaban la webcam y dejaban que los píxeles y la lentitud de la red mostrasen del otro lado un remedo de video en tiempo real. En este punto, las conversaciones eran más extensas de lo que son ahora, no había códigos abstrusos y en lugar de los mil y un muñequitos perversos que tenemos hoy día en WhatsApp o Facebook, se empleaban cerditos que bailaban a pantalla completa o molestos cimbronazos que servían de llamado de atención cuando un contertulio no daba al otro lado de la “línea” alguna señal de vida. El Messenger era el punto de acceso al progreso tecnológico y al sofisma de la comunicación (según aquella idea lacaniana de que la comunicación no existe).

Precisamente, el Messenger es el encargado de dar a esta novela de Andrés Mauricio Muñoz (Popayán, Colombia, 1974), el elemento catalizador necesario para desenmascarar a su personaje principal. *El último donjuán* pone en conflicto cinco disímiles relatos forman parte de la novela –dividida además en seis momentos o “partes”–, con un solo objeto determinante: la forma en la que las personas crean una fantasía de sus propias vidas, inmersas en el espejismo de la comunicación virtual.

Se trata de cinco pequeñas novelas que convergen a través de la Internet y que el autor ha querido ubicar entre 2002 y 2003, momento en el que esta aplicación gozaba aún de aparente buena salud. El rastreo a esta

próxima prehistoria no para allí. De alguna forma, Muñoz se esmera en dibujar a lo largo del libro un entorno que de seguro le es cómodo: a la fecha, va por los 43 años de edad, tiene encima una carrera afín al tema pues es Ingeniero Electrónico y, de vez en cuando, se pasea por lugares con los que ha tenido una relación personal: Popayán, Bogotá, Santiago de Chile. Se trata además, en más de un sentido, de una primera novela que le sirve para trazar un estilo muy suyo, por cuanto su prosa es por naturaleza cuidadisa y su estilo goza de una corrección que mantiene, aunque a ratos trate de llegar al lenguaje “soez” para quitarle algo de almidón al relato (palabras como “chimba”, “tetas”, “frentió” “güeva”, “zangolotea”, emergen de vez en cuando como islas de su relato, sin llegar a ser del todo objetos creíbles en el discurso y menos frente al estilo pausado de su autor.

Muñoz es a la vera un purista en el uso del lenguaje y la corrección política. Su solemnidad en el uso de los matices y los tonos evita que entremos en un *sexting* o que él se tome demasiado tiempo en describir escenas íntimas frente a la pantalla del computador. En lugar de eso, la novela repasa los sucesos y dilemas psicológicos que llevan a sus personajes centrales a un desenlace común y lo hace desde varios flancos dramáticos, siempre en primera persona. La fatalidad parece anunciarse desde un principio debido al tono de la narración, que se detiene bastante en reflexiones y que ahonda en la psicología solitaria y de constreñida metafísica de hombres y mujeres en constante caída.

Habría que empezar puntualizando que el nombre no le viene del todo bien a la novela. Se trata en efecto de alguien que ronda las vidas de otros y que, como se verá, lo hace desde la Internet. En un momento, se nos dice que “ese oscuro personaje” termina metido en una escena muy CSI y su cadáver aparece como excusa para que un narrador externo anuncie la novela, solamente eso, porque luego no tiene mayor incidencia en ella. Entonces, se nos pone frente a la narración de Álvaro, un hacker y ciberdelincuente, a quien el escritor llama un par de veces Juan XXI.

Sin llegar a dañar la lectura, Álvaro anuncia que se trata del ascenso y la

caída de este truculento personaje y la novela comienza con episodios intercalados de las historias principales: el recorrido y perversiones de Marta, que a escondidas de su esposo vive un romance cibernético por Messenger; la aventura de una tía solterona y el relato de su sobrino acerca de cómo ella se lanza a Estados Unidos tras el fantasma de Byron, su novio virtual, con el que espera casarse; las confesiones marginales de un joven llamado Juan Pablo, quien convive con su novia en Santiago de Chile y termina por enredarse con una colombiana casada, a la que frecuenta vía Messenger y quien lo lleva de regreso a Colombia; la vida de varias jóvenes que cuidan de su amiga la flaca luego de que un “culicagado” la engatusara por chat seduciéndola “con caritas culas en el Messenger”. También, el dolor de Pedro por el suicidio de su hija Marianne y toda la estrategia que traza en la red para dar con el responsable de su muerte: la celada incluye agentes ficticios de la Interpol y un mamotreto de correos anexos que dan cuenta del ciberacoso, del *bullying* y la suplantación que llevaron a la niña a intoxicarse con una sobredosis de barbitúricos.

Son, en suma, apuestas que terminan mal y cuyo *leitmotiv*, más que una aplicación tecnológica, es el producto de búsquedas sin sentido que ponen a cada quien al borde de su propia sustancia. Más allá de saberse cada cual incompleto, insatisfecho, solo, incluso enfermo, alguien al otro lado de la línea ha descubierto sus frustraciones y se aprovecha de su vulnerabilidad. He ahí el ejercicio que propone Andrés Mauricio Muñoz.

El último donjuán es también un regreso a una era algo más inocente. La revisión que el escritor hace del acoso cibernético y de otros delitos informáticos muestra un fenómeno que, al sol de hoy, lejos está de ser aislado. Su apuesta por el Messenger no es entonces caprichosa en modo alguno, sino que pretende hallar en un tiempo determinado el germen de una alienación tecnológica. El conflicto subyacente es para Muñoz una interesante excusa para delinear características en sus personajes más complejos, no tanto la tía algo rudimentaria que se aprende de memoria la vida inventada de un amor a kilómetros de distancia,

sino el sobrino, con su relato sobre su vida privada, sus emociones, sus encuentros sexuales o sus ingenuas creencias juveniles. Por el otro lado, está el relato de Carolina y de la flaca, su hermana la flaca, jovencitas que flirtean en línea y tienden celadas adolescentes que inmiscuyen celos y una pequeña tragedia sin repercusiones, aparte de que no saben qué hay realmente al otro lado del chat, como se intuye finalmente al conectar todas las arterias del libro.

En ese propósito, se delinea entonces tras bastidores la figura de Álvaro, el hacker, siempre a la sombra y dirimiendo asuntos propios de la mente de un psicópata megalomaniaco. Él suplanta en la red a muchas personas de modo que crea un caos sin retorno, a partir del cual la novela entra en la resolución, que ocurre en la quinta y la sexta parte del libro. Luego, afloran en el relato mentalidades más reflexivas que quieren de algún modo lograr una paz espiritual imposible, como en el caso de Pedro.

De alguna manera, el relato central y su desenlace se limitan a algunas circunstancias puntuales, aunque la novela invierta mucha tinta para dejar que los implicados hablen de sus vidas privadas. Son ellos, personajes en conflicto con su propia humanidad, que rehúyen a la intimidad o que se sienten más a gusto en el acto onanista de una charla erótica con un perfecto desconocido. El ejercicio específico de Muñoz parece consistir en mantener en justo equilibrio las cargas y en darle a algunos de sus personajes el beneficio de la juventud; incluso, apartarles de la tragedia lacrimosa que abunda en algunos otros trechos del libro. La verdad sea dicha, no hay mucho valor literario en las superposiciones entre el relato y los correos electrónicos, las cartas y los listados de chat. Estos sirven más bien de apoyo prudente a Muñoz, mientras procura deshilvanar cada una de sus historias. Más allá de ello, subyace una prosa limpia que, de cuando en cuando, quiere salirse del canon y, de algún modo, experimentar desde las licencias de la novela.

En cada documento y cada chat consignado en la novela, se siente una excelente salud ortográfica. Los cibernautas abren y cierran los signos de exclamación y preguntan y escriben

con soltura, no como lo haría un adolescente al borde del suicidio. He aquí que falta algo de verosimilitud en esta clase de propuestas, sobre todo, tratándose de voces que, a la sazón, tiene entre sí un tono muy parecido. Un constante ejercicio de autoanálisis hace todas las personas involucradas en las celadas tendidas por esa entidad superior que les lleva a tomar decisiones extremas. En contraste, para su fortuna, la novela se divide en episodios breves y va saltando de una ventana a otra y nos quedamos adivinando escenarios, enfrentando sobrenombres, vidas aparentes, suplantaciones mezquinas o infantiles. Al final, una historia flota por encima de todas y se nos descubre justo antes del regreso a ese primer momento del libro: el hallazgo de un cadáver en avanzado estado de descomposición.

Carlos Andrés Almeyda Gómez